



El Rostro Divino-Humanidad

www.espiritualidadyevangelizacion.org

HOMILÍA DE MONSEÑOR OBISPO RAMÓN CASTRO CASTRO

BAUTISMO DEL SEÑOR

INTRODUCCIÓN. La fiesta del bautismo del Señor, que celebramos hoy, cierra el ciclo litúrgico de Navidad y Epifanía. Jesús ha dejado de ser niño, Aquel que reverenciaban pastores y reyes; en el horizonte, ha desaparecido la estrella y, los cánticos de los ángeles, han sido sustituidos por una palabra que viene del cielo: **“Tú eres mi Hijo”.** Hay un salto que, lejos de producir en nosotros pena, nos llama a la responsabilidad y a la madurez. – Dios no ha nacido para quedarse entre las pajas. – Dios no ha nacido para ser eternamente niño, aunque en los niños encontremos ciertas actitudes que nos enseñan el camino del cielo. – Dios no ha nacido para dejar permanente colgada una estrella en el cielo. Entonces ¿para qué ha venido Dios? ¿Para qué se ha encarnado? Para traernos su amor, que es infinito, y para comenzar en Jesús una gran obra que la culminará con su pasión, muerte y resurrección. Sí, hermanos, entre maderas vino Jesús al mundo (por amor) y entre maderos dará su vida Jesús (por amor). Hoy comienza la vida activa de Jesús. Ha dejado de ser niño y, tocado por Dios por un nuevo Bautismo, sale al encuentro del hombre. Para clarificarnos con su fecunda Palabra, para iluminarnos con la fuerza de lo alto y para curarnos de mil y una enfermedades. El Bautismo del Señor, en el río Jordán, es para nosotros un motivo de inmensa alegría. – **Comenzaremos a seguir sus pasos.**

1. LOS DOS BAUTISMOS. Según el evangelista Marcos, que nos ha proporcionado el fragmento evangélico que acabamos de proclamar, Juan Bautista, antes de bautizar a Jesús en las aguas del río Jordán, dijo estas palabras: “Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco ni agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él los bautizará con Espíritu Santo”. Juan tenía, por tanto, pleno convencimiento de la provisionalidad de su bautismo – hecho sólo “con agua” – y del carácter definitivo que tendría el bautismo inaugurado por Jesús, el cual sería un bautismo “con Espíritu Santo”, aunque se realizaría también utilizando el rico simbolismo del agua.

Este bautismo “con Espíritu Santo” es el que hemos recibido todos los cristianos, pero son muchos los que en la práctica parece como si el bautismo recibido se haya limitado al rito del agua, sin ninguna incidencia real en la vida. Es importante que nos demos cuenta hoy, fiesta del bautismo del Señor, que para ser cristiano en plenitud no basta haber sido bautizado. De hecho, a menudo este bautismo se reduce a una solemnización familiar y social del nacimiento de un niño, y nada

más. Para ser cristiano de veras, es necesario abrirse interiormente a la fuerza del Espíritu. Y esto no se hace una vez por todas: en cambio, el rito del agua sólo se recibe una vez en la vida de cada bautizado.

2. JESÚS ENTRA EN LA FILA. Para que quede bien claro quién es Él, y a qué viene. El bautismo de Jesús es como un espaldarazo: su presentación solemne como Mesías, como Ungido. Ante Juan, que bautiza en el Jordán, va desfilando el pueblo convertido: **soldados** que han aceptado la consigna de no abusar de su poder, **publicanos** que están dispuestos a no robar; **gente sencilla** que ha llegado a descubrir una manera diferente de vivir: compartiendo el pan y la túnica. Pero hay también algunos –los fariseos– que se van saliendo de la fila: la dura palabra de Juan, que invita a dar frutos de conversión, rebota en sus corazones obstinados.

Llega Jesús, y entra en la fila. Como queriendo subrayar la importancia de esa ceremonia tan sencilla que está haciendo Juan con la gente: moverlos, con el agua, a que se arrepientan de sus pecados. **Jesús, que no tiene pecado, entra en la fila de los que buscan el perdón** de los suyos. Entra en la fila, y recibe ese bautismo. Como uno más. Como si fuera uno más.

Y ahí precisamente le espera el Padre, para presentarlo con toda solemnidad ante la historia. *«Tú eres mi Hijo amado, mi preferido».* “Sobre él he puesto mi Espíritu, para que traiga el derecho a las naciones”. Y Juan se declara indigno de desatar la correa de sus sandalias; al tiempo que proclama que el bautismo que trae ese hombre será muy diferente del suyo: porque llevará dentro una fuerza capaz de salvar.

PERO TODA ESTA “MANIFESTACIÓN” (EPIFANÍA) DE JESÚS NOS LLEGA ENMARCADA EN UNAS COORDENADAS UN TANTO SORPRENDENTES. Isaías, al anunciarla, decía: **«No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará...»** Estas palabras, unidas al gesto sencillo de Jesús entrando en la fila del pueblo, esperando su turno, nos están hablando de que esa salvación que Él trae nos va a llegar por una puerta inesperada, va a realizarse de una manera un tanto original. ¿Cómo?

Cristo viene a salvar, desde luego. Pero no viene a imponer esa salvación; aunque podría. No quiere reinar sobre un pueblo que no le haya aceptado primero, libremente, en su corazón. No quiere escoger el fácil, tentador camino de obligar; prefiere el de ofrecer. Sabe que es un camino más lento, **menos triunfalista.** Pero sabe también que, a la larga, es el único camino auténtico.

Por eso Cristo se baja. Toma hondura situándose, codo con codo, junto a los que menos pueden. **Entra en la fila de los necesitados, del pueblo llano, de los que**

tienen que esperar su turno en todas las ventanillas del mundo, de los que nada pueden exigir. Entra en la fila de los pobres. Viene a salvar, sí. Pero no con una salvación importada, postiza; sino desde dentro. Tomando en serio al hombre, con toda su oculta grandeza.

3. NUESTRO BAUTISMO. El bautismo es más que nacer. Es «renacer», como dijo Jesús a Nicodemo. Es empezar a vivir una vida muy superior a la mera biología. Es injertarse en un organismo sobrenatural en el que nuestros actos, sin dejar de ser humanos, empiezan a ser «divinos» ya que, por el bautismo, nos hacemos «hijos de Dios». Decía Juan: «Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos, pues de verdad lo somos». Y Pablo añadía: «Si somos hijos, somos herederos». Y no sé si el cristiano valora esto suficientemente. Pero hay más. El bautismo rompe mi radical soledad, me entronca en la gran familia cristiana y me hace «vivir en comunidad». Pertenezco a una familia numerosa en la que, día a día, se me invita a desechar todo egoísmo como pecado, ya que la cosa más hermosa es la gran fraternidad de los «hijos de Dios». Por el bautismo, hablo en «plural» y siento en «universal». Por el bautismo puedo cantar a pleno pulmón y con verdad: «Pueblo de reyes, asamblea santa...» o «Ciudadanos del cielo...» o «un solo Señor una sola fe, un solo bautismo...».

4. CONCLUSIÓN: Las aguas del Jordán son aguas de nacimiento, como las de la creación del mundo, las del diluvio o las del Mar Rojo. De ellas salen siempre hombres nuevos ¿Eres un hombre nuevo? No olvidemos también que la “paloma” evoca al Espíritu planeando sobre las aguas al principio del mundo o anunciando el fin del diluvio. Es signo del nacimiento de un pueblo nuevo: el de la nueva humanidad nacida en Jesucristo. La paloma, cuya silueta abunda en la iconografía de Pentecostés, es también signo del nacimiento de la Iglesia ¿Te das cuenta que eres parte de esta nueva humanidad? Finalmente, San Marcos sólo emplea dos veces el verbo “rasgarse” en todo su evangelio; en este episodio del bautismo y cuando se rasga el velo del templo en el momento de la muerte de Cristo. En ambas ocasiones, esta palabra se asocia a la designación de Jesús como “hijo de Dios” por la voz del cielo en el bautismo y por la del centurión en el calvario. El momento en que una vida se rasga suele ser la ocasión para descubrir el rostro de Dios. ¿Ya lo descubriste?

¡Animo!

